

« nuestra Santa Fe Católica en el Japón  
« quince religiosos de la Provincia de San  
« Gregorio, de los descalzos del Orden de  
« nuestro Seráfico P. San Francisco de las  
« Islas Filipinas, y otros muchos mártires  
« religiosos de otras religiones, y seculares  
« de diferentes Estados. Todos los cuales  
« padecieron en el Japón desde el año de  
« 1613 hasta el de 1624. Escrita por el P.  
« Fray Diego de San Francisco, Predicador  
« de la misma Provincia y comisario del  
« Japón. En Manila, por Thomas Pimpin, im-  
« presor de libros, Año de 1625. (1. tomo en  
« 8.º menor.)» (1)

○ Su autor no solo fué testigo de los sucesos que refiere, sino que él mismo sufrió en su propia persona los tormentos de la cárcel de Jeddó, que va á describirnos. Algunos lectores hallarán horrible y aun asquerosa tal relación: en efecto, hace erizar los cabellos; pero no seamos tan dedicados que nos repugne *leer* lo que aquellos insignes cristianos no rehusaron *sufrir* por la confesión de la fe. Si el extracto pareciere largo, considérese la facilidad con que puede desaparecer el viejo librito de donde lo tomamos,

[1] Si alguna duda cupiese respecto del verdadero autor de este artículo, la citación de esa raro impreso filipino se desvanecería, pues el único que la poseía en Méjico era el Sr. García Icazbalceta, y hoy la tiene su hijo D. Luis. (Dr. N. L.)

○ y la necesidad de conservar la memoria de hechos tan gloriosos para nuestra religión. Dejemos, pues, la palabra á Fray Diego de San Francisco.  
○ Determino hacer un capítulo de sola esta cárcel ó jaula, como de cosa rarísima, y juntamente de los sucesos de ella, que entiendo no será el capítulo de menos gusto y edificación de esta relación. Leváronnos presos á un lugar en que había cuatro cárceles juntas, ó una de cuatro aposentos divisos unos de otros, y junto de ellos había una jaula de maderos esquinados ó vigas, juntas unas con otras tanto, que no entraba luz en la jaula, sino era por tal ó cual juntura, porque en toda ella no había más abertura que un agujero, que se dejó de intento para por él darnos la comida, por donde tan solamente cabía una escudilla muy pequeña. Tenía tan poca luz dentro, que apenas nos veíamos de día unos á otros. Era esta jaula de doce varas de largo, y cinco de ancho, y muy baja. Y para que nadie pudiese llegar á hablar con los presos, estaba dentro de otra grande. Tenía de ordinario, demás del alcaide, veinticuatro guardas, que nos guardaban de día y de noche, dando voces para que se echara de ver cómo no dormían. Antes de nos meter en esta jaula interior



nos desnudaron otra vez y atentarón bien por ver si había que nos quitar. . . . . Con esto nos metieron en aquella jaula por la puerta, que era tan pequeña, que para poder entrar nos rempujaban de la parte de afuera los guardas: que adentro ni quieren entrar, por el mucho hedor que hay de ordinario en ella. En entrando, me llevaron por la patente los paños menores. Había cuando entramos en esta jaula, ciento y cincuenta y tres presos, que apenas cabíamos en ella asentados. Acercáronse todos á mí, y admirados de verme, me preguntaban la causa de mi prisión. Yo la referí toda, y concluí diciendo: « Dios me ha traído aquí para « vuestro remedio: para que ya que perdéis « la vida en tan rigorosa cárcel y tormentos « no perdáis vuestras almas, y me huelgo de « haber venido aquí para enseñaros el camino de la salvación. Veréis que es verdadera la doctrina que os predico, en que « por ella y en testimonio de su verdad daré « mi vida, y vengo á la cárcel con mucho « gusto. » Ellos se admiraron de oirme predicar y vernos á los tres con cuánta alegría estábamos en aquél lugar tan abominable. Del dicho número referido de presos, solo los diez ó doce eran cristianos cuando me metieron en aquella cárcel, los cuales se consolaron mucho cuando me vieron, y se

dispusieron para confesarse: pero en término de dieciocho meses que estuve en ella, quedaron casi todos cristianos: porque en el dicho tiempo, bauticé en aquella cárcel á sesenta de los gentiles, á los cuales muy despacio y propósito fuí disponiendo con pláticas espirituales de cada día, enseñándoles á todos lo que habían de creer y obrar.

« Estaba allí preso un Samuray, ó hidalgo, hombre bien nacido, llamado Nayqui Dono, cristiano, por haber sido culpado con otros, que habían hecho moneda falsa. Todos (aunque había otros bien nacidos) le tenían respeto y obediencia, porque era valiente. Después de Dios, fué causa este hombre noble de que yo no muriese en la cárcel; porque aunque era costumbre en ella dar el peor lugar á los más nuevos, me hizo dar el mejor y más capaz, y á mis compañeros puso junto á mí; y con ser mi lugar de los más capaces de la jaula, tenía solamente tres cuartas de largo y cuarta y media de ancho. Estaba dividida esta jaula en dos divisiones que las hacía una viga sucia, que estaba atravesada, sin otra cosa. En cada división había tres hileras de ranchos en este modo: dos hileras asentados pies con pies, cara á cara, que estaban á los dos lados de la una división, y la otra hilera quedaba en medio. Esta era la peor, porque los de las dos hile-



ras ú órdenes de los lados cuando se enfadaban de estar sentados en cuclillas, y se cansaban, tendían los pies sobre los otros, y á los enfermos y flacos ahogaban; porque asentados los de las hileras ú órdenes de afuera, juntaban plantas con plantas y aun no quedaban bien extendidos los pies. Era tan grande la estrechura, que si alguno quería descansar ó dormir, había de ser arriándose á su vecino, con la misma pensión que cuando el otro quisiera dormir, se había de arrimar también á él. De ordinario se concertaban mal, riñendo sobre el tiempo y lugar, que medían con una medida muy de ordinario, diciendo: «Hasta aquí es mi lugar,» y el otro: «No es, sino mío,» y sobre esto, ó si se arrimaban demasiado, andaban á puñetes y coces. Estábamos ya tullidos de estar asentados y encogidos. El remedio y consuelo que yo tenía, era levantar los pies en el aire y estirar los nervios hacia arriba. Y si alguno se ponía algún género de ropa ó vestido, no se lo consentían los demás, particularmente en los ocho meses del año que hay más calor; porque, lo uno ocupaba más lugar con el vestido, y lo otro fatigaba á su vecino, porque hacía tanto calor, que parecía de fuego artificial; y así todos estábamos desnudos en carnes, y solo se permitía tener un paño corto en el cuerpo, bas-

tante á cubrir las partes de la honestidad. A mí (por la reverencia del sacerdocio) consentían cubrirme un sayo vaquero larguillo, de lienzo delgado; pero muchas veces no lo podía sufrir, porque estábamos abrasándonos como en un horno, y me lo quitaba por recibir algún alivio, quedándome en carnes como los otros. En año y medio que aquí estuve, no me corté el cabello, ni hice la barba, ni corté las uñas; porque solo en eso había orden, que no consentían allí dentro, cuchillo, tijeras, palo, sogas, ni cosa semejante, con que pudieran matarse á sí ni á otros, ni menos dejaban entrar medicinas, porque pensaban venían confeccionadas con veneno, pedidas por los mismos presos para matarse y acabar ya con muerte tan prolija.

« Uno de los presos que hallé en aquella cárcel, era Laureano, hijo de Suquá, chino, médico del Emperador (que después fué ilustre mártir, como diré en su lugar). A este envió su padre estando muy malo, una purga, y no le dejaron entrar, pensando era para mí, y quería se lo pagasen primero (porque el dinero facilita dificultades). Peor era llevar el tiempo de invierno (aunque con la mucha calor no sentíamos el frío), porque en este tiempo crecía el número de los gusanillos, y teníamos tantos, que era imposi-



ble acabarlos. Y como no había luz con que los matar, crecían y se multiplicaban en infinito. Era la hediondez insufrible, porque había de ordinario muchos enfermos, que no podían moverse, los cuales en sus mismos ranchos hacían todas las necesidades corporales, sin que hubiese quien los limpiase, que era intolerable cosa, y era fuerza que los vecinos, no solo padeciesen el hedor, pero se les pegasen los excrementos; por lo cual, desesperados mataban al enfermo, por librarse de aquel trabajo, dándole cuatro ó seis cabezadas en la viga; y los que no se atrevían á matar al enfermo, se mataban á sí mismos, teniendo por mejor el morir, que padecer así. Viendo, pues, algunos que aun que se daban cabezadas no se podían matar decían muy enojados: «Por más que hago por matarme, no puedo.» Viendo yo tales inhumanidades, les enseñaba y reprendía, y amenazándolos de que lo había de decir al alcaide, decían riéndose de mí: «¡Qué sencillo es el padre! ¿pues á estos no les hacemos buena obra, que los despenamos y libramos de un infierno como este?» Y aunque yo les decía que aquello era muy grave pecado, y que iban sus almas de aquellos miserables que mataban, á otro peor infierno, no lo entendían, como eran infieles. No piense alguno que hablo con exageración, porque sólo

digo las cosas como las ví y experimenté, y aun quedo corto, porque no sé explicar aquellas cosas cómo eran. De ordinario había en la cárcel más de treinta presos que no tenían que comer, ni quien se lo diese; por lo cual morían de hambre, porque aunque algunos les daban un bocado de arroz, era tan poco, que no bastaba para sustentarse. Cuasi á veinte nos daban á comer el *taitonomexi*, que es como por onzas, de los cuales todos morían á los cuarenta ó cincuenta días, y con morir tantos nunca faltaba en la cárcel el dicho número de ciento y cincuenta ó sesenta presos, porque cuantos muertos sacaban metían otros tantos vivos. La causa de no morir yo fué que además de la comida referida, me socorrían con mucho cuidado los cristianos desde la ciudad con alguna comida: pagando á los guardas porque la dejasen meter; aunque no era tanta, que no deseaba de ordinario unos frejoles de la tierra por mucho regalo, para matar la hambre que tenía, porque no siempre me podían meter comida. La que comí casi siempre fué un poco de arroz cocido con agua sucia, y de ordinario podrido, con una escudilla de *jivo* ó caldo insípido y amargo que muchas veces lo dejaba, y con echar una poca de agua en el arroz, me pasaba. Tenía por muy gran ventura cuando en este caldo topaba con algu-



na cabeza de sardina. Esta comida me la daba uno de los guardas, á quien pagaban los cristianos, y así, aunque fuese mala no me atrevía á quejarme, porque no me la quitase, como lo hacía muchas veces.

« Un devoto cristiano llamado Vicente, habiendo cohechado á los guardas, me dió de comer algunos días; pero no duró mucho, porque los mismos guardas, temiendo se supiera el cohecho y les costase la vida, cogieron á Vicente y lo llevaron delante del gobernador Cambioye, diciendo: « A este cristiano lo traemos preso, porque servía de comer al padre que está en la cárcel preso. » Visto por el gobernador, preguntó á Vicente: « Y tú, ¿por qué traías de comer al padre? Sin duda que tienes alguna plata suya ó dinero. » Respondió Vicente: « Yo no tengo plata ni dinero del padre, porque estos padres de San Francisco no tienen ni quieren nada de eso. Yo soy carpintero, y de mi trabajo con ayuda de otros cristianos, como yo, le acudía con alguna comida, según nuestro posible. » « ¿Y qué es la causa que te mueve á dar de comer á este padre? » « La causa es, dijo Vicente, porque soy cristiano. » Dijéronlo los circunstantes: « No digas que eres cristiano porque no te libras de la muerte » Respondió otra vez Vicente: « Digo que porque

« soy cristiano le daba de comer, porque le amo y reverencio mucho, por ver que solo por Dios y el amor de las almas, sin otro interés está en aquella cárcel, padeciendo hambre y grandes trabajos. » « Y ¿quiénes, dijo Cambioye, te ayudan con limosnas para sustentar al padre? » Respondió Vicente: « El hermano mayor de los pobres, que se llama Jerónimo. » Nombrólo Vicente, porque fué así concierto entre los dos; que si el juez preguntase quién le ayudaba, dijera que él. Esto pidió deseoso de ser martir, como lo fué y queda ya dicho. Dijo Cambioye: « Pues si este ama tanto al padre, ponedle con él en la jaula. » Así lo hicieron, y trajeron á mi compañía con mucho consuelo suyo. Era fervoroso y devoto, y muchas veces me decía: « Padre, temo que me saquen de esta cárcel, porque allá afuera, con las ocasiones que hay, haré algún pecado mortal y me condenaré. » Dentro de poco tiempo cegó en aquella cárcel el santo martir Vicente, porque padeció muchos trabajos y penalidades. La sed que todos allí padecíamos fué grande, porque solamente nos daban de ración dos escudillas de agua: una por la mañana y otra por la tarde; y como el calor era tan grande, á causa de no haber por donde entrase el aire luego se sudaba lo que se bebía, y es-



tábamos tan secos, que no teníamos más que huesos y pellejo: por lo cual morían los más rabiando de sed. Había siempre treinta ó cuarenta enfermos caídos, que no se podían levantar á cobrar su ración: cobrábanla sus vecinos y se la comían ellos mismos, y decían al enfermo que no comiese, pues no se podía levantar á hacer sus necesidades: que de esa suerte no ensuciaria á sus vecinos. Viendo yo esta crueldad, rogaba y encargaba á los cristianos fueran sus enfermeros. Hacíanlo, pero no siempre, porque todos estábamos tales, que ni aun á nos otros mismos nos podíamos valer: y los mismos enfermos (porque no los matasen) no querían comer, tomando el consejo de los infieles para no tener excrementos. Cuando reñían unos con otros y daban voces, para hacerlos callar, los guardas se subían encima de la jaula, y echábannos á todos orines con otras inmundicias, y nos dejaban que era lástima. Los infieles decían muchas injurias á los guardas, con lo que enojados, en penitencia nos quitaban el agua por dos ó tres días, y padecíamos mucho, pagando todos lo que algunos hacían. Cuando bautizaba á alguno, no se perdía gota de agua, porque el bautizado ponía debajo de la barba en que coger el agua, y luego se la bebía para apagar su gran sed.

La cosa de mayor horror y tormento que allí había, era que los cuerpos muertos no se sacaban de allí sin licencia en escrito del gobernador Cambioye, la cual era difícil de sacar, y se estaban allí siete y ocho días, hediondos sin los sacar: y con el gran calor y fuego que salía de los muchos vivos, se corrompía el cuerpo muerto dentro de siete horas y se ponía tan hinchado y feo, que daba horror el mirarlo, aunque ya con la costumbre y poca luz de la cárcel, no daba tanta pena como el hedor y corrupción, y el haber de estar arrimados y aun recostados á los cuerpos muertos. Y al primero ó segundo día salía de ellos tanta materia y sanguaza, que ensuciaba á los vecinos, y cuando los sacaban de la cárcel, corría de hilo la materia por encima de los otros, y era tanto el hedor, que dábamos voces como si nos atormentaran; y todos con alguna cosa ó vestido aventaban aquel hedor y el viento inficionado sin saber por donde saliese, y después que los cuerpos muertos estaban fuera, así hacíamos alegría como si nos libertaran de la muerte. Era tan grande la corrupción de aquel lugar, que todos cuantos allí entramos nos hicimos leprosos, sucios y hediondos, todo el cuerpo hecho una llaga, y algunos comidos de los dedos de los pies y las manos. A muchos se les



hacían tan grandes hinchazones, que en reventándose las con alguna espina de pescado (porque no había otra cosa dentro), les salía tanta materia, que se quedaban muertos. *Quisiera yo entonces que todos los hombres del mundo vieran esto (no que lo padecieran que fuera mucha crueldad), para que por estos trabajos y penas que hay sobre la tierra, conocieran y rastrearán los que hay en el infierno, y temieran ofender á Dios.* Yo estaba tan leproso y sucio, *a planta pedis usque ad vertice*, que no lo puedo explicar con palabras. Salíanme fuentes de materia de las yemas de los dedos de pies y manos, rodillas y oídos; y como estábamos siempre asentados, tenía las asentaderas hechas una llaga desde las corvas á la cintura, y desde la rodilla al tobillo era otra. La comezon de esta lepra era un fuego artificial, y así de día y de noche me estaba rascando, haciéndome pedazos, sin me poder ir á la mano, tanto, que apenas podía rezar un diez en el rosario sin echar la mano para rascarme y me arrancaba unas costras como la palma, grandes, y quedando desollado, me dolía más y clamaba y gemía muy dolorosamente, y hablando con Dios, decía: "Bien sabéis, Señor, que no soy de piedra ni de bronce, y que no soy robusto ni tengo virtud alguna para sufrir estos

" dolores, sino que como flaco y miserable  
" no puedo más: dadme, Señor, vuestra gracia y favor para que no desfallezca, como la diste al Santo Job. Que aunque flaco y de pobre caudal, conozco es merced vuestra, que me hacéis, porque os doy infinitas gracias. A vos, Señor, que sois mi Padre, me quejo y pido favor para llevar estos dolores, y os ofrezco mis aflicciones y mi vida, y todo cuanto valgo y tengo, pues todo es vuestro: yo me conformo con vuestra santa voluntad." Y aunque padecí *estos trabajuelos* por amor de Dios y de mis prójimos, no por eso pienso que tengo obligado á Dios, antes estoy de mi poca virtud y paciencia receloso; solo confío en la misericordia divina, que por su bondad me ha de hacer salvo.

« Había en esta cárcel seis hombres infieles, principales y valientes, que por muertes y atroces delitos, estaban condenados á muerte, esto es, á cárcel perpétua en esta jaula, dándoles á comer por onzas. Estos, como gente ya perdida y desesperada, sujetaban y gobernaban á todos los presos con leyes tan duras y crueles, que daban y quitaban la vida á quien querían; y para conseguir esto, ganaban y conquistaban las voluntades de los más esforzados de la cárcel, y se valían de ellos, con que eran temidos



de todos. A cada uno de estos de quien sé ayudaban, sustentaban, mandando á los que más tenían, diesen de comer á unos de sus aliados. Si traían alguna cosa á la cárcel ó á algún preso sus parientes, ellos la tomaban por fuerza y repartían entre sí y sus amigos. Ponían leyes, y á los que las quebrantaban daban tales penitencias, que muchos morían de ellas, y si alguno no obedecía al punto, le daban tantas coces, que le dejaban por muerto. Hacían á los demás que se estrechasen, para estar ellos algo más descansados, y les obedecían con puntualidad. Mandando uno de ellos, que se llamaba Ipio, que maltratasen á un hombre sano y fuerte, que había poco que entró en la cárcel; le obedecieron luego, dándole tantas calabazadas en una viga, que le mataron. Viendo aquellas miserias, me parecía veía un retrato del infierno, porque allí había aullidos, voces, confusión, odio y rabias mortales; impiedad, dolores perpetuos, desesperación y blasfemias. Y dejó de contar otras muchas crueldades que ví, por ser cosa que no mueve á devoción, antes la quita. Debajo de esta jaula estaba el suelo manando agua, y de estas humedades me dió tan grande asma, que me apretaba el pecho y no podía respirar. Y de este mal llegué á punto de muerte dos ó tres veces. En estos traba-

jos puede cada uno considerar lo que padecían y les sucedería á los otros nuestros hermanos que andaban por los otros reinos predicando la fé.

" Para escribir los oficios y ejercicios en que mis santos compañeros se ejercitaban conmigo en aquella rigurosa cárcel, era menester estar más despacio de lo que yo estoy; pero diré algunos para la edificación. Cuando nos metieron en esta cárcel á mis tres compañeros, Luis, Tomás y Vicente y á mí (que estaba de propósito hecha fuerte, para poner en ella á una gente malísima, que estaba en la cárcel ó jaula vieja), los ciento cincuenta y tres presos que hallamos, eran gente nueva, sin malicia ni enfermedad alguna; por lo cual por dos ó tres meses estuvimos todos fuertes y sanos y con quietud. En este tiempo bauticé los setenta cristianos que he dicho y les predicaba á todos, porque como gente sencilla, me oían todos de buena gana, cristianos y gentiles; y el buen Tomás, que era excelente predicador del catecismo, los catequizaba muy bien. Y por la fama que tenía, le vinieron á oír una noche el carcelero y su mujer, infieles. Como yo tenía hechos ya setenta cristianos, estaba muy ufano y consolado, y tenía por cierto que todos los que estaban allí, y los que fuesen trayendo presos se habían de convertir y bautizar; por



lo cual ordené á mis tres compañeros sus ejercicios en este modo. Todos los cristianos por la mañana al amanecer se venían junto á mí, y de rodillas en lugar de prima teníamos una hora de oración con mucho silencio, de lo cual los gentiles se admiraban. Acabada la oración íbamos mis compañeros y yo á proveer las necesidades de los enfermos, y á eso se seguía el instruir á los ya cristianos en las cosas de la fe, y les hacía que de un papel fuerte y corrioso, que hay en Japón, hiciesen rosarios de nudos como de cordeles y rezaban con ellos. Y cuando á alguno de estos cristianos sacaban para ajusticiar, le enviábamos bién dispuesto y llevaba su rosario de nudos al cuello, y con admiración de los gentiles, verdugos y ministros, acababan su vida invocando los nombres de Jesús y de María. A hora de vísperas teníamos media hora de oración, y á la de completas, una hora. A maitines teníamos otra hora de oración, y algunos hacíamos la disciplina, que no podíamos todos. Rogábamos á los vecinos cristianos se estuviesen echados, para poder hacer algunos la disciplina. Teníamos además de mis compañeros, un enfermero, gentil y caritativo. Sucediáale á éste ayudar á morir ó curar á dos enfermos; uno cristiano y otro infiel: y volvíase al cristiano y decíale: "Dí Jesús, María;" y luego

inmediatamente se volvía al infiel, y le decía: "Llama é invoca al ídolo Amida." Dentro de breve tiempo se convirtió este enfermero y se hizo cristiano. Estaba entonces aquella cárcel nueva con gran quietud y paz, y llevábamos todos nuestros trabajos con suavidad y consuelo, no faltando á estos ejercicios, pero el demonio, envidioso de ellos no dormía, antes solicitaba que á los presos de la cárcel vieja trajesen con nosotros á la nueva, para nos perturbar y quitar nuestra quietud. Trajéronos allí treinta presos como treinta demonios. Venían todos leprosos y abominables de pies á cabeza, y sus almas manchadas con infinitos pecados nefandos y homicidios. Sólo nos vino de consuelo con esta gente, el bendito Laurencio, hijo de Suquán, chino, médico del emperador, de quien ya hemos dicho atrás que estaba preso por predicador ó *dóxico* del santo mertír Fr. Luis Sotelo, tres años había. Este dóxico me contó las hazañas de aquella buena gente, diciendo: "Este, dentro de la cárcel ha muerto á cinco, y éste á tantos: éste ha hecho esto: éste estotro." El modo con que los mataban, como no tenían armas, era que cogían al paciente dos de ellos las manos atrás y otro le torcía la cabeza, tanto cuanto era bastante para ahogarle. Los guardas con estar fuera tenían miedo á aquellos perdidos



“Luego que estos hombres facinerosos entraron en la nueva cárcel, se hicieron señores gobernadores de ella, y como tales pusieron las leyes que he dicho, haciéndolas cumplir so graves penas. Entre ellas fué mandarnos que no predicásemos ni hiciésemos nuestros antiguos ejercicios, cosa de gran desconuelo para nosotros. Acusónos esta cuadrilla al alcaide de la cárcel, á mí de que los había bautizado, y á los cristianos porque habían recibido el santo bautismo, y los guardas que antes disimulaban con nosotros, se hicieron de su bando y fueron con aquellos pérfidos, porque no los acusaran de que consentían á los cristianos hacer aquellos ejercicios. Al principio, y como yo tenía tantos de mi parte, cristianos é infieles, vencíamoslos; pero viendo no ser posible otra cosa, dejamos los dichos ejercicios, mandándoles se confesasen cada mes y rezasen á solas cada uno en su rancho y lugar. Díjome el santo Laurencio que vino con ellos, que esta mala canalla se hicieron leprosos en la jaula vieja, porque era ordinario estar en ella diez cuerpos muertos hacinados y arrumbados hasta que los viniesen á sacar; que de peste que dió se morían, demás de los que ellos mataban. Dentro de dos meses que ellos entraron en nuestra cárcel nueva, quedamos todos leprosos sin faltar

ninguno, y éstos fueron los que maltrataron á mi gente y primeros moradores de aquella cárcel, y enseñaron á matarse unos á otros. Estos y otros muchos trabajos padecimos allí mis compañeros y yo, á honra y gloria de Dios.”

Imposible es realzar con ningún comentario el horror del cuadro que precede. Pero ¿será creíble que hubiera quien voluntariamente permaneciese en aquel lugar? Lo hubo, sin embargo. El bendito Laurencio, [de quien varias veces á hecho mención nuestro autor] estando en la cárcel fué sentenciado á muerte: pero su padre, valiéndose de la influencia que tenía con el emperador, por ser su médico, consiguió no sólo que fuera indultado de esa pena, sino que luego obtuvo dos veces el perdón por completo, y licencia para que saliese de la cárcel, no á cambio de una apostasia, sino con la única condición de que no predicase más. “Y llevándole el padre este perdón (habla Fr. Diego de San Francisco,) le respondió que él no quería salir de aquella cárcel con tal condición; que él era cristiano alumbrado con la divina fé, y que por esto, si él saliese, había de ser para predicar á todos el Evangelio, y al emperador el primero, si lo pudiera ver: que se volviese y le dejase